

nes consideran a la juventud como la generación huérfana; yo no quiero contradecir esta opinión, pero sí puntualizar que será huérfana de dirigentes porque, por lo que a maestros se refiere, vosotros cumplís de forma sobrada con el cometido.

No quisiera que estas palabras suenen a falsa adulación: lejos de las mismas su intención. Simplemente responden al hecho de que, como seres humanos que somos, necesitamos del calor humano, del afecto y no digamos del reconocimiento de la obra bien hecha. Bien es cierto, como dice el Devocionario del Requeté, «Ante Dios nunca serás héroe anónimo», pero también no es menos cierto que es justicia reconocer en esta tierra las obras bien hechas y ésta es una de ellas.

El tiempo ha transcurrido más deprisa de lo que con los nervios de preparar estas palabras había supuesto, por ello sólo tengo tiempo para resumir brevemente lo que pretendía deciros:

Que si bien es necesaria una élite de jóvenes, no debemos descuidar a otros sectores de la juventud, que sin estar destinados a ser una aristocracia intelectual de la sociedad, sí pueden jugar otros papeles en las distintas células básicas de la misma.

Que tengamos bien presente que la juventud no es un fin en sí sino simplemente un tránsito hacia el mismo fin.

Y, que, frente a los que sólo le ofrecen una política para jóvenes o una labor de las tareas más desagradables, como pegar carteles..., sepamos darle una formación al alcance de sus posibilidades para proporcionarles las raíces necesarias, con las que transcurrida esta estropeada juventud, no se consideren totalmente desencantados y perdidos para la Causa de Nuestro Señor Jesucristo.

Solamente me queda agradeceros la atención que habéis prestado y animaros cuando no exígitos a que sigáis en esta lucha desigual, teniendo siempre presente aquella máxima de «sólo en Dios está la Victoria y para nosotros la dicha del combate».

DISCURSO DE PILAR BLANCO

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Me ha correspondido a mí el honor de formar parte del turno de oradores en esta noche, en que una vez más nos volvemos a reunir para conmemorar la festividad de San Fernando rey; y si no me equivoco, esta es la vigésimoquinta vez en que celebramos esta ya tradicional cena homenaje y, por ello, tiene la particularidad de cumplirse sus bodas de plata.

Hablar de la gran figura de San Fernando no resulta nada fácil, precisamente por su gran talla humana y por las innumerables virtudes que lo adornaron y que supo practicar hasta el fin de sus días; sirvan de ejemplo su gran piedad, caridad, prudencia y justicia. Grande fue también la obra que llevó a cabo a lo largo de su vida, nada menos que la de poner los más sólidos cimientos a la Reconquista y, por lo tanto, a la unidad de España, obra que sin embargo no pudo contemplar finalizada y que habría que esperar dos siglos más hasta verla concluir felizmente.

Aún cuando San Fernando no hubiera sido elevado a los altares de la santidad, su enorme mérito como reconquistador y sus indudables

dotes como regente, hubieran sido más que suficientes para hacerle merecedor de todo nuestro respeto, así como de ocupar un destacadísimo puesto dentro de la historia de España.

Como reconquistador, San Fernando debe ser para nosotros un modelo a seguir porque, por desgracia, transcurridos cinco siglos desde que finalizó la tarea reconquistadora, nosotros debemos recomenzarla, si bien no una reconquista territorial, al menos por ahora, si una reconquista espiritual.

Esta misión a la que estamos llamados no es una misión fácil, incluso es posible que sea más difícil que aquella en la que se hallaba empeñado San Fernando, y la razón estriba en que, a pesar de las disensiones internas existentes en aquel tiempo entre los cristianos, todos ellos sentían la amenaza de un enemigo común, fácilmente reconocible incluso por sus caracteres étnicos. Se trataba de una lucha frontal y abierta entre moros y cristianos.

Hoy día, en cambio, esta distinción no es tan clara. Vivimos en una época de completa confusión en la que, a través de un ambiente social degradado, y mediante los más importantes medios de comunicación, así como en las escuelas y universidades, se declara no sólo que Dios ha muerto, como ya se aventuró a proclamar Nietzsche, sino que también han muerto el pecado y el mal; éstos ya no existen, o mejor dicho, sólo es malo aquello que una mayoría de votos así lo estima, mientras que es bueno y ético lo que esa misma mayoría entiende que debe serlo; claro ejemplo de ello lo tenemos en la tristemente célebre ley de despenalización del aborto.

Puesto que el mal en sí como algo objetivo ya no existe, de aquí se deduce la idea de la tolerancia, no ya con las personas sino con todo tipo de ideas y de errores, y así surge esa conocida teoría de: «Yo no voy a abortar ni pienso divorciarme, etc., pero yo no soy quién para impedir que los demás lo hagan si creen en ello». Tolerancia que lleva en muchos casos a contemplar los supuestos más inmorales como normales primero y posteriormente como necesarios, haciendo caer a los propios tolerantes en aquellas conductas que reprobaban para sí pero no para los demás.

Desgraciadamente muchos cristianos, por ignorancia o por falta de una fe firme, caen fácilmente bajo la égida de estas nuevas ideas, ya que nunca como ahora la manipulación y la insidia han actuado con tanta eficacia para conseguir relegar a Dios en los sótanos de nuestras conciencias, para vaciar de contenido al catolicismo y convertirlo en un mero culto privado; y es que es bien sabido que hay una fuerza capaz de oponerse a los proyectos devastadores del marxismo ateo: ésta es la que surge de la religión católica y, por ello, buscan su destrucción, no con una lucha o ataque frontal que daría lugar a una oposición abierta, sino utilizando la astucia, descafeinando el catolicismo, haciendo creer a los católicos que Cristo y la Revolución, o Cristo y el marxismo son compatibles; así surgen tendencias como la de cristianos para el socialismo, o la de la teología de la liberación.

Ante este panorama, nuestra misión debe ser la de recuperar la sociedad para Cristo, conseguir que el Rey de reyes gobierne no sólo en nuestros corazones, sino también en nuestros hogares, oficinas, fábricas, empresas, colegios, universidades, así como en la Carrera de San Jerónimo, en la Moncloa y en la Zarzuela; en definitiva, en toda nuestra vida pública y privada.

Como San Fernando, no buscamos pelear por nosotros sino por

Dios, y de ésto debe nacer nuestra seguridad de obtener la victoria que corone siempre nuestras campañas, como así sucedió con las que llevó a cabo tan magno rey.

Que nuestra confianza en la Divina Providencia, como la que animó a San Fernando en sus empresas y le hizo despreciar los mayores peligros, nos haga repetir con él aquella su hermosa frase de «Teman a los hombres los que en los hombres confían; los que sólo en Dios confían no temen sino a Dios».

DISCURSO DE GONZALO CUESTA

Amigos de la Ciudad Católica:

En la festividad de nuestro patrono San Fernando de este año, y como umbral del XXV aniversario de los amigos de la Ciudad Católica a celebrar en 1986, estimamos oportuno hacer algunas reflexiones sobre nuestra tarea.

Seguiremos el trabajo "Qué somos y cuál es nuestra tarea", de Juan Vallet de Goytisolo, publicado por Speiro en 1977 (cfr. Verbo, número 151-152). Terminaremos con algunas consideraciones sobre la labor realizada, y lo que nos falta por hacer.

1. CUÁL ES NUESTRA TAREA.

Nuestra tarea no es una acción política concreta. Consiste en realizar una labor auxiliar, lo más profunda posible, para la restauración del tejido social y político, en todos sus niveles, desde la misma raíz y base.

1.1. Formación de unas élites.

Es preciso, para ello, comenzar por la formación de unas élites que sean capaces de actuar en aquellos medios más estrechamente entreligados con la naturaleza de las cosas para reconstruir, a partir de ahí, la sociedad desde sus cimientos naturales y cristianos.

Michael de Penfentenyo recordaba en el Congreso de Lausanne de 1977 que «nada eficaz, nada duradero se ha hecho jamás en la historia sin un pequeño número de elementos-motores, sobre todo cuándo se trata de hacer frente a una crisis de civilización tan generalizadas».

Conviene recordar la política de Lenin de formación de los cuadros dirigentes de su acción, tal como sin solución de continuidad sigue haciendo el Partido con gran eficacia en las redes de sus células, en sus escuelas elementales —nacionales e internacionales—.

Añadamos que, si para Lenin la meta consistía en la conquista del Estado, hoy, después de Gramsci, cerebro creador del eurocomunismo, el primer objetivo lo constituye la sociedad civil en ámbito propiamente ideético y cultural. Y así estamos viendo cómo, en Europa Occidental, los marxistas van logrando la conquista de cátedras universitarias y de enseñanza media, la dirección de colegios profesionales, el dominio de medios de difusión cultural, editoriales, revistas, diarios, empresas cinematográficas, radio, televisión...